

LAS CENIZAS DE LA BOUNTY Y OTROS POEMAS

Zaida Sánchez Terrer

Las cenizas de la Bounty

(A Susana Fortes)

Hay libros que descansan
en rincones grises de la memoria.
Libros que agitan tiempos de silencio,
trazando adentro el mapa
de lo que imaginamos algún día
sin ser interpretado.

Hay libros que incitan sin imponer
mientras nos acarician las entrañas
con recuerdos antiguos que fueron minerales
antes de ser de fuego.
Libros que invocan dioses
que la vida nos hizo destronar
aunque después sigamos adorándolos.

Hay libros que traicionan el instante
que estamos acunando y nos permiten
saborear felicidad o dolor
como un manjar perecedero y lúcido.
Libros en los que cabe lo que fuimos y somos,
como una misma cosa,
sin la contradicción que antecede a los cambios.

Hay libros que jamás necesitan adjetivos,
no son tristes ni alegres,
ni profundos ni simples, son verdad.
Libros que permanecen y se instalan
entre la piel fugaz y los deseos,
pasando a formar parte del instinto.

Hay libros que se clavan y que duelen,
que no pueden contarse
sin exponernos luego a quedarnos desnudos.
Libros que nos descubren desde un otero cómplice,
con la aquiescencia audaz de la palabra.

Hay libros que nos unen mientras tejen
un lazo inquebrantable en la mirada.
Libros que ofrecen siempre
una grieta feliz para escapar
sin ser por ello nunca descubiertos.

Hay libros que emanan sufrimiento y nos despiertan,
desde esa obscenidad que toda muerte
confiere a la cordura.
Libros que acaso abrazan, besando sin pudor
la torpedad, la duda,
y auguran entre líneas la esperanza.

(2005)

Sobre las azoteas

Ayer llegó el silencio del otoño.
Te lo escuché en la piel,
se abrió camino por entre las veredas
que llevan a tu espalda.

Desenterró los vientos,
los días luminosos,
la hojarasca fugaz que cubre las aceras.

Y los grises del mar de tu mirada
mudaron su cadencia,
se estrenaron de un vuelo de palomas
sobre las azoteas.

(1993)

Un rastro inadvertido

Sólo quiero llegar a entretener de azul
el pulso de los días.

Que mi mano sea el rumbo de un sendero
que vaya a ningún sitio.

Y dejar en tus sienes un rastro inadvertido
de presencia, de amor, de amaneceres.

(1992)

En días como hoy

En días como hoy, solías rescatar
la lluvia de septiembre,
y empaparme de risas
de verano tardío. Desnudabas
de tiempo la orilla del instante
donde agostar la urgencia
falaz de la palabra.

En días como hoy, tu pelo se agitaba.
La luz entre sus hebras, hecha vida,
se uncía despreocupadamente.
Sin milagro palpable,
te decoraba un halo de paisaje desnudo,
melado y amaranto.
Y era posible todo.

(1987)

Para ser hija

Para ser hija se conjuró el sonido grave de un chelo con el latir de un piano.
El resto fue mitad el azar, mitad la voluntad,
el Malecón, el río, la mocedad, las noches de verano.

Para ser hija hubo de suceder el misterio de la mirada y la caricia,
templarse la dificultad con la palabra amor metida en los bolsillos
del abrigo de muchos años y de muchas tardes con un solo café cortado para
dos.

Para ser hija necesité un deseo que se agarró hasta el fondo de dos corazones
y luego se prendió una tarde de abril,
encaramado a una cascada de besos que se derramaron hasta hacerse carne.

Para ser hija no fue bastante con crecer y aumentar
al abrigo de un cuerpo de mujer que me ofreció durante nueve meses
todo lo que se puede dar a otro a riesgo de perder la propia vida.

Para ser hija también me hicieron falta los besos, el aliento, la canción, la
merienda,
las clases de solfeo, la tortilla francesa,
la pesca con mi padre y los domingos en casa de la abuela.

Para ser hija se levantaron puentes que permitieran cruzar a otras orillas,
se tejieron distancias de adolescencia y cuerpo que madura,
y crecieron las alas necesarias para poder volar y para poder volver.

(2004)

Una palabra

Una palabra, a veces, una sola palabra,
aunque se esconda y dude entre los labios
buscando libertad para enjambrarse,
puede llegar más dentro que una espada,
embestir la mirada empuñando la voz
y atravesar el alma con filo de metáfora.

Cuando sentí el acero de tu última frase
supe que iba a morir.

Nunca ha podido sobrevivir en mí la que te escuchó.

(2005)

El destierro

Cuando crucé el desierto de tu nombre,
me entretuve en los brazos de un denodado exilio.

Representé el introito de la espera,
me asilé en tu silencio
y anduve los contornos del mudo desarraigo.

Me alimenté del poso de tu voz,
me desnudó la noche,
cuando me sorprendió la madrugada
sin recordar quién era.

(1986)

Volver

Volver a la poesía, retornar a un paisaje
desmoronado, antiguo, tergiverso.
Abrir el corazón de la palabra al misterio.

Oler la sensación de mar, de cueva y de pasado,
lamiendo las heridas del olvido,
sin intención de luz ni de abandono.

Vencer la lentitud de una huella distante,
la duda entre avanzar sobre un campo de minas
o reposar la fe definitivamente.

Dejar a la metáfora besar a su manera
la palabra dormida, la frase manifiesta.

Decir desde el lugar de los presagios
la premura del mundo uncida en versos.

(2005)